

Este diario es idea de Cuervo, pero tengo la sensación de que no va a sentirse muy orgulloso de él si alguna vez llega a leerlo, porque la mayor parte del tiempo voy a decir la verdad. Aunque él sea mi mejor amigo.

En verdad, tiene los pies de barro. Los ha tenido desde siempre, e incluso un poco más. Pero es un tipo cabal, aunque la mitad del tiempo sea un maniaco homicida y suicida. Si Cuervo decide que es tu amigo tienes un amigo de por vida, con un cuchillo en las tres manos.

Mi nombre es Lance. Filodendro Lance. Gracias a mi madre. Nunca le he hablado a Cuervo de esto. Ése es el motivo de que me uniera al ejército. Para librarme de convertirme en el tipo de cavapatatas en que se convierte cualquier chico con un nombre así. Tenía siete hermanas y cuatro hermanos la última vez que los conté, y cada uno de ellos ostenta el nombre de alguna maldita flor.

Una chica llamada Iris o Rosa está bien, ¿no? Pero tengo un hermano llamado Violeta y otro hermano llamado Petunia. ¿Qué tipo de gente le hace eso a sus hijos? ¿Dónde demonios están los Brusco y los Púa? Cavapatatas.

Gente que se pasa toda la vida cavando la tierra, desde el amanecer hasta el anochecer, para extraer patatas, repollos, cebollas, chirivías, rutabagas. Nabos. Todavía odio los nabos. No los desearía ni aunque fuera un cerdo. Me uní al ejército tan pronto como pude escabullirme.

Intentaron detenerme. Mi padre y mis tíos y mis hermanos y mis primos. No lo consiguieron. Todavía me sorprende de cómo aquel viejo sargento supo mostrarse tan malo que hizo retroceder a todo el clan.

Eso era lo que siempre había deseado ser cuando fuera mayor. Alguien que simplemente pudiera erguirse y parecer tan malo que la gente se meara piernas abajo. Pero creo que tienes que nacer para ello.

Cuervo había nacido para ello. Le basta con mirar a alguien que intente hacerle alguna trastada, y el tipo se pone blanco.

Así que me uní al ejército y pasé la instrucción y entré de lleno en la vida militar, a veces con Pluma y Jornada, a veces con Susurro, casi siempre aquí en el norte. Y descubrí que la vida militar no era lo que había creído que sería. Descubrí que no me gustaba mucho más que cavar patatas. Pero era bueno en ello, aunque por una u otra razón siempre conseguía fracasar a la hora de ser nombrado sargento.



Finalmente fui destinado a la Guardia del Túmulo. Se suponía que eso era un gran honor, pero yo nunca lo consideré así.

Es ahí donde conocí a Cuervo. Sólo que entonces él era conocido con el nombre de Corbie. No sabía que era un espía de la Rosa Blanca. Por supuesto, nadie lo sabía, o de otro modo ya estaría muerto. Era simplemente ese tipo viejo y tranquilo, tullido, que decía que había sido soldado con el Renco pero que había tenido que salirse después de sufrir aquel terrible daño en la pierna. Ocupaba una casa abandonada que había arreglado. Se ganaba la vida haciendo cosas para la gente que no deseaba hacerlas por ella misma. Los Guardias estaban bien pagados y el Túmulo estaba a mil quinientos kilómetros dentro del Gran Bosque, donde no había nada en que pudieras gastar tu dinero excepto en alcohol. Corbie tenía tanto trabajo como podía desear brillantando botas y barriendo suelos y cepillando caballos. Solía acudir a la oficina del coronel y jugar al ajedrez con él, y allí fue donde le vi por primera vez.

Desde un principio me pareció singular. No como si tuviera algo que ver con la Rosa Blanca, pero desde un principio sabías que no era un chico granjero escapado como yo o algún chico de los barrios bajos de la ciudad que se había alistado porque no había ninguna otra cosa que pudiera hacer con su vida. Tenía una cierta clase cuando deseaba mostrarla. Era educado. Hablaba quizá cinco o seis lenguas, y sabía leer, y le oí hablar con el viejo de cosas que yo no tenía ni la más remota noción de lo que significaban.

Así que él me dio esta idea. Me convertí en su camarada, y luego le convencí de que me enseñara a leer y escribir.

Era la vieja historia de siempre, entiendan. Únete al ejército y líbrate de la vida campesina y vive aventuras y la vida se convertirá en algo grande para ti. Aprende a leer y a escribir, y podrás salirte del ejército y vivir aventuras y todo será algo grande.

Seguro.

No sé si todo el mundo es así. No soy del tipo que va preguntando a la gente sobre esa clase de cosas. Pero me conozco lo suficiente como para saber que no hay nada que resulte nunca exactamente como deseo, y que nunca nada va a satisfacerme. Soy un tipo con tanta ambición que ahora vivo en un ático con un borracho cuyo gran talento parece ser eructar hasta salirse las tripas después de engullir algo así como doce litros del vino más barato que es capaz de encontrar.

Así que conseguí que Cuervo empezara a enseñarme y terminamos siendo camaradas, por muy extraño que él fuera. Y eso no me hizo ningún bien cuando golpeó la tormenta de mierda y él resultó ser un espía. Afortunadamente para mí, mis jefes y sus jefes tuvieron que unirse para enfrentarse al monstruo allá arriba, y para vigilar el cual los Guardias éramos tan bien pagados.



Fue entonces cuando averigüé que era realmente Cuervo, el tipo que solía ir con la Compañía Negra, el que arrebató a la Rosa Blanca del Renco cuando era aún una niña y la ocultó y la crió hasta que estuvo preparada para enfrentarse a su destino.

Pensaba que había muerto. Lo mismo pensaban todos los demás, en ambos bandos. En especial la Rosa Blanca, que le había amado, y no como un hermano o un padre. Por cuyo motivo él se convirtió en un hombre muerto y huyó. No pudo enfrentarse a lo que significa tener a alguien enamorado de ti. Huir era lo único que sabía cómo hacer.

Pero de alguna forma él estaba enamorado de ella también, y la única forma que tenía de demostrárselo era convertirse en Corbie y dedicarse a espiar y esperar que pudiera encontrar alguna gran arma que ella pudiera usar cuando llegara la confrontación final con la Dama. Mi gran jefe.

De modo que, ¿qué es lo que ocurre? El destino introduce un remo y lo agita todo, y cuando miramos a nuestro alrededor, ¿qué encontramos? El Dominador, el viejo monstruo enterrado en el Túmulo, la maldad más negra que jamás haya conocido este viejo mundo, estaba despierto e intentando salir, y la única forma de detenerlo era que todo el mundo abandonara sus viejas rencillas y se uniera. Así que la Dama acudió al Túmulo con todos sus doblemente horribles campeones, y la Rosa Blanca acudió con la Compañía Negra, y las cosas empezaron a ponerse interesantes.

Y el maldito estúpido de Cuervo se metió en medio de todo aquello pensando que simplemente podría salirse con la suya y llevarse consigo a Linda como si no se hubiera ido nunca de su lado dejándole creer que estaba muerto durante todo un puñado de años.

El maldito estúpido. Yo sé más sobre hechicería de lo que él ha sabido nunca sobre mujeres.

Así que dejaron que la vieja maldad brotara del suelo, y luego se lanzaron todos sobre ella. Era algo tan grande y negro que no pudieron matar su espíritu, sólo su carne, de modo que quemaron aquella carne hasta reducirla a cenizas y esparcieron las cenizas, y aprisionaron su alma en un clavo de plata. Clavaron el clavo en el tronco de un árbol joven que era el hijo de algún tipo de dios, que viviría eternamente y crecería a su alrededor y lo englobaría e impediría que volviera a causar más dolor. Luego todos se fueron. Incluso Linda, con un tipo llamado Silencioso.

Había lágrimas en sus ojos cuando se fue. Algo de aquel sentimiento hacia Cuervo estaba todavía allí dentro de ella. Pero no iba a abrir su corazón y dejar que él volviera a hacerle lo mismo.

Y él se quedó allí viéndola marcharse, incapaz de decir nada. No podía imaginar por qué ella le hacía aquello.

Maldito estúpido.

Era extraño que nadie más pensara en ello de inmediato. Pero quizá fuera porque la gente estaba más impresionada con lo que había ocurrido entre la Dama y la Rosa Blanca y se estaba preguntando qué podía significar eso para el imperio y la rebelión. Durante un tiempo pareció como si medio mundo estuviera dispuesto a agarrar todo lo que se le presentara. Todos los que tenían la suerte de echar mano a algo examinaban las posibilidades y miraban a su alrededor para ver si había alguna probabilidad de ser convertidos en eunucos si lo intentaban y fracasaban.

Así que correspondió a algunos buscavidas del lado norte de Galeote el efectuar el primer intento de robar el clavo de plata.

Las noticias del Túmulo se hallaban todavía en el estadio de rumor de letrinas cuando Tully Stahl aporreó la puerta de la habitación donde se hallaba su primo Smeds Stahl.

La habitación donde vivía Smeds no tenía ningún mobiliario excepto cucarachas y polvo, media docena de apolilladas mantas robadas, y media gruesa de jarras de arcilla de vino vacías que nunca había llegado a devolver. Le hacían pagar un depósito por ellas en la Espina y la Corona. Smeds llamaba a las jarras los ahorros de su vida. Si las cosas se ponían realmente difíciles podía cambiar ocho vacías por una llena.

Tully decía que era una forma estúpida de hacer las cosas. Cada vez que Smeds sufría un acceso de ira empezaba a arrojar todo lo que encontraba a su alrededor, incluidas las jarras. Malgastaba sus ahorros.

Los trozos de las vasijas nunca eran recogidos tampoco, tan sólo pateados contra una pared, donde formaban una polvorienta tierra baldía.

Cuando Tully acudía a verle, Smeds imaginaba que era simplemente para darse aires porque nadaba en la abundancia. Tully tenía a dos mujeres casadas que le hacían regalos a cambio de que las ayudara en la casa cuando sus respectivos viejos estaban fuera. Y vivía con una viuda a la que pensaba dejar tan pronto como hallara a alguna otra mujer que le aceptara. Creía que el hecho de tener éxito le daba derecho a ofrecer consejos.

Tully golpeó la puerta. Smeds lo ignoró. Las chicas Kinbro del piso de arriba, Marti y Sheena, once y doce años, estaban allí para



sus «lecciones de música». Los tres estaban desnudos y retozando en las andrajosas mantas. El único instrumento a la vista era una flauta de carne.

Smeds hizo que las chicas dejaran de saltar y reír. Había gente que no apreciaba cómo las estaba preparando para la vida.

Golpe. Golpe. Golpe.

—Vamos, Smeds. Abre. Soy yo, Tully.

—Estoy ocupado.

—Abre. Quiero hablarte de algo.

Con un suspiro, Smeds se desenredó de los jóvenes y delgados miembros y se dirigió a la puerta.

—Es mi primo. Es un tipo legal.

Las chicas habían estado dándole al vino. No les importó. No cubrieron sus cuerpos. Se limitaron a quedarse sentadas allí cuando Smeds dejó entrar a Tully.

—Unas amigas —explicó Smeds—. ¿Quieres participar? A ellas no les importará.

—Alguna otra vez. Diles que se vayan.

Smeds miró furioso a su primo. Se estaba volviendo demasiado malditamente molesto.

—Vamos, chicas. Recoged vuestras ropas. Papá tiene que hablar de negocios.

Tully y Smeds les contemplaron recoger sus harapientos vestidos. A Smeds no se le ocurrió vestirse. Sheena le dio una juguetona palmada a la flauta al pasar.

—Te veremos luego.

La puerta se cerró.

—Vas a acabar con el culo en una pica —dijo Tully.

—No más que tú. Tendrías que conocer a su madre.

—¿Tiene algo de dinero?

—No. Pero sopla el cuerno como nadie. Tiene un don natural. Dice que no puede evitarlo.

—¿Cuándo piensas limpiar un poco esta pocilga?

—Apenas la doncella vuelva de sus vacaciones. ¿Qué es eso tan importante como para hacerme interrumpir mi fiesta?

—¿Has oído hablar de lo que ocurrió en el Túmulo?

—He oído algunas historias. No presté demasiada atención. ¿Qué me importa? No va a significar ninguna diferencia para mí.

—Puede significarla. ¿Has oído la parte acerca del clavo de plata?

Smeds se lo pensó un rato.

—Sí. Lo clavaron a un árbol. Pensé que tal vez valiera la pena echarle mano. Luego pensé un poco más e imaginé que no debía de haber en él la bastante plata como para hacer que valiera la pena el viaje.

—No es la plata, primo. Es lo que hay en la plata.



Smeds dio unas cuantas vueltas más a sus pensamientos. No podía captar el ángulo de Tully.

—Será mejor que te expliques un poco. —Smeds Stahl no era conocido por su lúcida mente.

—Ese gran clavo contiene el alma del Dominador atrapada en él. Eso significa que es un mal pedazo de metal. Si lo llevas a algún buen hechicero, apuesto a que puede clavarlo en algún tipo de amuleto para todo. Ya sabes, como en las historias.

Smeds frunció el ceño.

—Nosotros no somos hechiceros.

Tully se puso impaciente.

—Nosotros seremos los intermediarios. Vamos ahí arriba y lo arrancamos de ese árbol y lo ocultamos hasta que el mundo sepa que ha desaparecido. Entonces hacemos saber que está en venta. Al mejor postor.

Smeds frunció el ceño un poco más y puso todo su cerebro a trabajar. No era ningún genio, pero tenía gran cantidad de baja y artera astucia y había aprendido cómo sobrevivir.

—Me suena como algo malditamente peligroso. Algo para lo que necesitaremos ayuda si queremos salirnos de ello de una sola pieza.

—Correcto. Incluso la parte fácil, llegar allá arriba y liberar la maldita cosa, puede ser más que un trabajo para dos hombres. El Gran Bosque puede ser un lugar más bien peligroso para la gente que no sabe nada de bosques. Imagino que necesitaremos dos tipos más, uno de los cuales tiene que saber sobre bosques.

—Estamos hablando ya de dividir el botín por cuatro, Tully. ¿Cuánto puede ser?

—No lo sé. Si les damos tiempo para que pujen, creo que puede solucionarnos la vida. Y tampoco estoy hablando de dividir por cuatro, Smeds. Sólo por dos. Todo en familia.

Se miraron unos momentos el uno al otro. Smeds dijo:

—Tienes un plan. Cuéntamelo.

—¿Conoces a Timmy Locan? Estuvo en el ejército durante un tiempo.

—El tiempo suficiente como para pensar en cómo llegar hasta allí. Sí. Es el tipo correcto.

—Estuvo en el ejército el tiempo suficiente como para saber cómo funciona. Podemos tropezarnos con soldados ahí arriba. ¿Se te partiría el corazón si lo hallaran tirado en un callejón con la cabeza rota?

Eso era fácil de contestar.

—No. —Su corazón estaría perfectamente siempre que no fuera Smeds Stahl a quien encontrarán.

—¿Y qué te parece el Viejo Escurridizo? Solía practicar la caza furtiva en el Gran Bosque.



—Un par de buenas flechas.

—Eso es lo que necesitamos. Unos honestos bribones. No unos tipos que puedan intentar despojarnos de nuestra parte. ¿Qué dices? ¿Cuento contigo?

—Dime de nuevo cuánto puede ser.

—Lo suficiente para vivir como príncipes. ¿Vamos a hablar con esos tipos?

Smeds se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Qué tengo mejor que hacer? —Miró al techo.

—Entonces será mejor que te pongas algo de ropa.

Mientras bajaban las escaleras, Smeds dijo:

—Será mejor que hables tú.

—Buena idea.

Calle arriba, Smeds preguntó:

—¿Has matado alguna vez a alguien?

—No. Nunca lo he necesitado. Nunca he tenido ningún problema tan grave como para eso.

—Yo lo hice, una vez. Degollé a un tipo. No es como piensas. Chorrean sangre por todo el lugar y hacen ruidos extraños. Y se toman mucho tiempo en morir. Y siguen intentando atacarte. Todavía tengo pesadillas acerca de ese tipo intentando llevarme con él.

Tully le miró e hizo una mueca.

—Entonces hazlo de alguna otra manera la próxima vez.

Cada noche que había luna suficiente, una cosa descendía saliendo del Gran Bosque del norte, silenciosa como una sombra cojeante, hasta el solitario lugar de muerte lleno de obstáculos llamado el Túmulo. El hedor de la corrupción era denso allí. Muchos cadáveres yacían pudriéndose en tumbas poco profundas.

Cojeando sobre tres patas, la cosa trazó cautelosamente un círculo alrededor del cuerpo no corrompido de un dragón, y se asentó sobre sus ancas en el agujero que estaba cavando tan pacientemente, noche tras noche, con una sola pata. Mientras trabajaba lanzaba frecuentes miradas hacia las ruinas de una ciudad y hacia el recinto militar a varios cientos de metros al oeste.

La guarnición había existido para proteger el Túmulo de intrusos con malas intenciones y para buscar signos de que la vieja oscuridad en el suelo se estaba agitando. Esas razones ya no existían. La batalla en la cual la bestia cavadora había resultado mutilada, en la cual había perecido el dragón, en la cual la ciudad y el recinto habían sido devastados, había puesto fin a la necesidad de una protección militar.

Excepto que a nadie con autoridad se le había ocurrido dar a los Guardias supervivientes un nuevo destino. Algunos se habían quedado, puesto que no sabían qué otra cosa hacer o a qué otro lugar ir.

Esos hombres eran enemigos juramentados de la bestia.

Si hubiera estado en sus plenas facultades, la cosa no se habría sentido preocupada. Hubiera podido enfrentarse fácilmente a aquellos hombres. Sana, era un enemigo formidable para cualquier compañía de soldados. Tullida y sufriendo aún de una docena de heridas no curadas, era incapaz de superar corriendo a un hombre, y mucho más de luchar contra aquellos a los que tendría que enfrentarse antes de que pudiera perseguir al mensajero que seguro que los Guardias enviarían volando a sus amos si la descubrían.

Los amos eran crueles y mortíferos, y la bestia no tenía ninguna posibilidad contra ellos, ni siquiera aunque dispusiera de todas sus fuerzas.

Su amo ya no podía protegerla. Su amo había sido despedazado y los trozos quemados. El alma de su amo había sido aprisionada en un clavo de plata que había sido hundido en su cráneo.



La bestia tenía el aspecto de un perro, pero su tamaño era más bien incierto. Tenía una naturaleza proteica. A veces podía ser tan pequeña como un gran perro. En otras ocasiones podía alcanzar el tamaño de un elefante pequeño. No era cómodo ser casi dos veces del tamaño de un caballo de guerra. En la gran batalla había matado a muchos de los enemigos de su amo antes de que poderosas hechicerías la hubieran expulsado del campo.

Volvía furtivamente, una y otra vez, pese al miedo a ser descubierta, al dolor de sus heridas y a su frustración. A veces la pared de su excavación se derrumbaba. A veces el agua de lluvia llenaba el agujero. Y siempre había la ineludible vigilancia del único guardián que los vencedores habían dejado realmente de guardia.

Un árbol joven se erguía entre los huesos, solitario. Era casi inmortal, y era mucho más poderoso que el merodeador nocturno. Era el hijo de un dios. A su debido tiempo, cada noche, despertaba a la presencia del cavador. Su reacción era uniforme y violenta.

Un nimbo azul se formó entre los miembros del árbol. Un pálido relámpago quebro el aire en dirección al monstruo. Era un tipo silencioso de relámpago, un siseo en vez de un tronar, pero golpeó al monstruo como el furioso bofetón de un adulto a un niño pequeño.

La bestia no sufrió ninguna herida, sólo un extremo dolor. Algo que no podía soportar. Cada vez que era alcanzada huía, para aguardar otra noche, y eso demoraba el momento de que el hijo del dios despertaría.

El trabajo del monstruo avanzaba lentamente.